

Mensaje del Santo Padre León XIV con ocasión de la obra Proyecto Ugaz

Estimados hermanos y hermanas:

Con profundo respeto y reconocimiento, poco más de un mes del inicio de mi Pontificado, pero recordando con gratitud los casi 40 años desde mi primera misión vivida en el Perú, me uno al estreno de la obra Proyecto Ugaz, que da voz y rostro a un dolor silenciado durante demasiado tiempo.

Esta obra no es solo teatro: es memoria, denuncia, y sobre todo, un acto de justicia.

A través de ella, las víctimas de la extinta familia espiritual del Sodalicio y los periodistas que las han acompañado—con valentía, paciencia y fidelidad a la verdad—iluminan el rostro herido pero esperanzado de la Iglesia.

La lucha de ustedes por la justicia es también la lucha de la Iglesia. Porque como escribí años atrás, “una fe que no toca las heridas del cuerpo y del alma humana, es una fe que no ha conocido aún el Evangelio”. Hoy, esa herida la reconocemos en tantos niños, jóvenes y adultos que fueron traicionados donde buscaban consuelo; y también en aquellos que arriesgaron su libertad y su nombre para que la verdad no fuera enterrada.

Quiero agradecer a quienes han perseverado en esta causa, incluso cuando fueron ignorados, descalificados o incluso perseguidos judicialmente. Como dijo el papa Francisco en su Carta al Pueblo de Dios en agosto de 2018:

“El dolor de las víctimas y de sus familias es también nuestro dolor, y por tanto es urgente reafirmar nuestro compromiso para garantizar la protección de los menores y de los adultos vulnerables”.

En esa misma carta, mi predecesor, que habló de la estimulante diferencia entre el delito y la corrupción, nos llamó a todos a una conversión eclesial profunda. Esa conversión no es retórica, sino camino concreto de humildad, verdad y reparación.

La prevención y el cuidado no son una estrategia pastoral: son el corazón del Evangelio. Es urgente arraigar en toda la Iglesia una cultura de la prevención que no tolere ninguna forma de abuso, ni de poder o de autoridad, ni de conciencia o espiritual, ni sexual. Esta cultura solo será auténtica si nace de una vigilancia activa, de procesos transparentes y de una escucha sincera a los que han sido heridos. Para ello necesitamos a los periodistas. Hoy quisiera agradecer particularmente a Paola Ugaz por su valentía en acudir el 10 de noviembre de 2022 al papa Francisco y pedirle amparo ante unos ataques injustos que sufría junto a otros tres periodistas, Pedro Salinas, Daniel Yovera y Patricia Lachira por denunciar los abusos cometidos por parte de un grupo eclesial radicado en varios países pero nacido en Perú. Entre las numerosas víctimas de abusos, también las había de abusos económicos, los comuneros de Catacaos y Castilla, lo cual hacía aún más intolerable lo denunciado.

Desde el inicio de mi pontificado, cuando tuve el privilegio de dirigirme por vez primera a los periodistas reunidos tras el cónclave, subrayé que “la verdad no es propiedad de nadie, pero si es responsabilidad de todos buscarla, custodiarla y servirla”. Aquel encuentro fue más que un saludo protocolario: fue una reafirmación de la misión sagrada de quienes, desde el oficio periodístico, se convierten en puentes entre los hechos y la conciencia de los pueblos. Incluso con grandes dificultades.

Hoy, vuelvo a elevar la voz con preocupación y esperanza al mirar hacia mi amado pueblo del Perú. En este tiempo de profundas tensiones institucionales y sociales, defender el periodismo libre y ético no es solo un acto de justicia, sino un deber de todos aquellos que anhelan una democracia sólida y participativa.

La cultura del encuentro no se edifica con discursos vacíos ni con relatos manipulados, sino con hechos narrados con objetividad, rigor, respeto y valentía.

Exhortamos, pues, a las autoridades del Perú, a la sociedad civil y a cada ciudadano a proteger a quienes, desde las radios comunitarias hasta los grandes medios, desde las zonas rurales hasta la capital, informan con integridad y coraje. Donde se silencia a un periodista, se debilita el alma democrática de un país.

La libertad de prensa es un bien común irrenunciable. Los que ejercen esta vocación con conciencia no pueden ver apagada su voz por intereses mezquinos o por miedo a la verdad.

A todos los comunicadores peruanos me atrevo a decirles con afecto pastoral: no teman. Con su trabajo pueden ser artífices de paz, unidad y diálogo social. Sean sembradores de luz en medio de las sombras.

Por ello, hago mis votos para que esta obra sea un acto de memoria, pero también un signo profético. Que despierte corazones, remueva conciencias, y nos ayude a construir una Iglesia donde nadie más deba sufrir en silencio, y donde la verdad no sea vista como amenaza, sino como camino de liberación.

Con mi oración, mi afecto y mi bendición apostólica,

León PP. XIV

Roma, 2025

Message of the Holy Father Leo XIV on the premiere of the play “Proyecto Ugaz”

Dear brothers and sisters,

With profound respect and appreciation, a little over a month into my Pontificate, but remembering with gratitude the almost 40 years since my first mission in Peru, I join in the premiere of the play “Proyecto Ugaz,” which gives voice and face to a pain silenced for too long.

This play is not just theater: it is memory, denunciation, and above all, an act of justice. Through it, the victims of the extinct spiritual family of the Sodalitium and the journalists who have accompanied them—with courage, patience, and fidelity to the truth—illuminate the wounded but hopeful face of the Church.

Your struggle for justice is also the struggle of the Church. Because, as I wrote years ago, “a faith that does not touch the wounds of the human body and soul is a faith that has not yet known the Gospel.” Today, we acknowledge that wound in so many children, young people, and adults who were betrayed where they sought solace; and also, in those who risked their freedom and their names so that the truth would not be buried.

I want to thank those who have persevered in this cause, even when they were ignored, disqualified, or even judicially persecuted. As Pope Francis said in his Letter to the People of God in August 2018:

“The pain of the victims and their families is also our pain, and it is therefore urgent to reaffirm our commitment to guarantee the protection of minors and vulnerable adults.”

In that same letter, my predecessor, who spoke of the encouraging difference between crime and corruption, called us all to a profound ecclesial conversion. This conversion cannot be only rhetoric, it must be a concrete decision to follow a path of humility, truth, and reparation.

Prevention and care are not a pastoral strategy: they are the heart of the Gospel. It is urgent to root throughout the Church a culture of prevention that does not tolerate any form of abuse, whether of power or authority, of conscience, spiritual, or sexual. This culture will only be authentic if it is born of active vigilance, transparent processes, and sincere listening to those who have been hurt.

For this, we need journalists. Today I would particularly like to thank Paola Ugaz for her courage in approaching Pope Francis on November 10, 2022, and asking for protection from the unjust attacks she suffered along with three other journalists, Pedro Salinas, Daniel Yovera, and Patricia Lachira, for denouncing the abuses committed by a church group based in several countries but originating in Peru. Among the many victims of abuse, there were also victims of economic abuse, members of the communities of Catacaos and Castilla, which made what was reported even more intolerable. From the beginning of my pontificate, when I had the privilege of addressing the journalists gathered after the conclave for the first time, I emphasized that “the truth does not belong to anyone—it is the responsibility of everyone to seek it, preserve it, and serve it.” That meeting was more than a formal greeting: it was a reaffirmation of the sacred mission of those who, through the exercise of the journalistic profession, become bridges between the facts and the conscience of the people. Even under great difficulties.

Today, I once again raise my voice with concern and hope as I look toward my beloved people of Peru. In this time of profound institutional and social tensions, defending free and ethical journalism is not only an act of justice, but a duty of all those who yearn for a strong and participatory democracy.

The culture of encounter is not built on empty speeches or manipulated stories, but on facts narrated with objectivity, rigor, respect, and courage.

We therefore urge the Peruvian authorities, civil society, and every citizen to protect those who, from community radio stations to mainstream media, from rural areas to the capital, report with integrity and courage. Wherever a journalist is silenced, the democratic soul of a country is weakened.

Freedom of the press is an inalienable common good. Those who exercise this vocation with conscience cannot see their voices silenced by petty interests or fear of the truth.

To all Peruvian communicators, I dare to say with pastoral affection: do not fear. Through your work, you can be architects of peace, unity, and social dialogue. Be sowers of light in the shadows.

Therefore, I pray that this work may be an act of remembrance, but also a prophetic sign. May it awaken hearts, stir consciences, and help us build a Church where no one should ever suffer in silence, and where the truth is not seen as a threat, but as a path to liberation.

With my prayers, my affection, and my apostolic blessing,

Leo PP. XIV

Rome, 2025

As translated by Rodolfo Soriano-Núñez.